

MODO ACTIVACIÓN

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**

3



OSVALDO REBOLLEDA

MODO ABUNDANCIA

3

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno: Aprobados para un propósito eterno	10
Capítulo dos: Descubrir y abrazar la asignación	15
Capítulo tres: Activación en función del Reino, no del ego	20
Capítulo cuatro: Enfoque y dirección	25
Capítulo cinco: Perseverancia en el propósito	30
Capítulo seis: Impacto en los demás	35
Capítulo siete: Influencia en la sociedad	40
Capítulo ocho: Cultura de Reino	45

Capítulo nueve:	
El legado espiritual	51
Capítulo diez:	
Administración de los recursos del Reino.....	55
Capítulo once:	
Activación en tiempos difíciles.....	60
Conclusión	65
Apéndice para líderes	69
Reconocimientos.....	74
Sobre el autor.....	76

INTRODUCCIÓN

“Activados para trascender”

A lo largo del camino espiritual, llega un momento donde el creyente debe enfrentarse a una verdad que redefine completamente su manera de vivir: la vida en el Reino de Dios no fue diseñada para girar en torno a uno mismo, sino para responder a un propósito eterno que lo trasciende, lo involucra y lo envía más allá de sus propios límites, entendiendo que todo lo que Dios hace en una persona nunca termina en esa persona.

Después de haber comprendido la abundancia como naturaleza y la activación como respuesta, este tercer libro de la serie, introduce una dimensión aún más profunda, porque ya no se trata solamente de vivir correctamente ni de moverse bajo el gobierno de Dios, sino de entender para qué estamos siendo activados, hacia dónde se dirige esa vida transformada y cuál es el impacto que debe producir en el mundo que nos rodea.

Porque existe un error sutil, pero muy común, en la vida espiritual, y es creer que el crecimiento personal es el objetivo final, como si madurar, ordenarse, activarse y vivir en obediencia fuesen la meta en sí misma, cuando en realidad todo eso es preparación para algo mayor, para una vida que no solo se desarrolla, sino que se entrega, que no solo se edifica, sino que edifica a otros, que no solo avanza, sino que abre camino.

La Escritura revela este principio desde el inicio, mostrando que Dios nunca llama a alguien sin asignarle un propósito, nunca forma a alguien sin proyectarlo hacia otros, nunca bendice a alguien para que retenga, sino para que transmita, de modo que la vida espiritual encuentra su verdadera plenitud no cuando se acumula, sino cuando se derrama.

Aquí es donde la activación alcanza su expresión más elevada, porque deja de ser una dinámica centrada en el crecimiento personal y se convierte en una vida orientada al propósito, donde cada decisión, cada proceso, cada avance y cada aprendizaje comienzan a alinearse con algo más grande, con un diseño que no solo impacta la vida propia, sino que se extiende hacia otros, hacia generaciones, hacia territorios y hacia esferas donde el Reino de Dios debe manifestarse.

El apóstol Pablo expresa esta realidad con profundidad cuando declara que ***“todo lo hizo por amor a los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna”*** (2 Timoteo 2:10), mostrando que su vida no estaba centrada en sí mismo, sino en el impacto que debía producir en otros, lo cual redefine completamente la motivación de la vida espiritual.

Esto nos lleva a comprender que una activación sin propósito puede sostenerse por un tiempo, pero tarde o temprano pierde dirección, porque carece de un sentido claro, de una asignación definida y de un enfoque que trascienda lo personal, mientras que una vida activada en función del

propósito encuentra dirección, encuentra fuerza y encuentra perseverancia, porque sabe hacia dónde va y por qué hace lo que hace.

En este punto, el creyente deja de preguntarse qué puede recibir y comienza a preguntarse qué debe impartir, deja de enfocarse en lo que necesita y comienza a discernir lo que ha sido depositado en él para otros, deja de vivir desde la expectativa y comienza a vivir desde la responsabilidad de su asignación.

Sin embargo, esta transición no es automática, porque implica romper con el ego, con la autosuficiencia, con la necesidad de reconocimiento y con toda forma de vida centrada en uno mismo, para entrar en una dimensión donde el propósito de Dios se vuelve el eje, la motivación y la dirección de cada paso.

Jesús mismo modeló esta vida cuando declaró que había venido no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del que lo envió, y que su alimento era hacer esa voluntad, mostrando que el propósito no era una carga, sino una fuente de vida, una razón de ser, una fuerza interna que sostenía todo lo que hacía.

Esto es clave, porque cuando el creyente entiende el propósito, deja de vivir por obligación y comienza a vivir por convicción, deja de moverse por presión y comienza a moverse por dirección, deja de sostenerse por esfuerzo y

comienza a sostenerse por una claridad interna que le da sentido a cada paso.

A lo largo de este tercer libro de la serie “Modo activación”, vamos a explorar esta dimensión con profundidad, entendiendo que no fuimos activados solo para vivir mejor, sino para vivir para algo mayor, que no fuimos formados solo para crecer, sino para multiplicar, que no fuimos llamados solo para recibir, sino para impactar.

Aprenderemos que el propósito no se improvisa, se descubre; que la asignación no se elige, se recibe; que la influencia no se busca, se desarrolla; y que el legado no se deja al final de la vida, sino que se construye en cada decisión.

También veremos que vivir en propósito no significa hacer muchas cosas, sino hacer lo que corresponde, no implica abarcar todo, sino enfocarse correctamente, no requiere reconocimiento, sino fidelidad, porque el Reino no mide el impacto por la visibilidad, sino por la transformación que produce.

Este libro es una invitación a salir de una vida centrada en uno mismo para entrar en una vida alineada con el propósito eterno de Dios, donde cada área, cada don, cada recurso y cada oportunidad se convierten en herramientas para manifestar el Reino.

No es un llamado a hacer más, es un llamado a vivir con dirección. No es una invitación a multiplicar actividades, es una invitación a multiplicar impacto. No es un desafío a destacar, es un desafío a trascender.

Porque al final, la verdadera plenitud no se encuentra en lo que acumulamos, sino en lo que dejamos en otros. Y cuando la activación se alinea con el propósito, entonces la vida deja de girar en torno a uno mismo, y comienza a convertirse en un instrumento a través del cual Dios transforma todo lo que toca.

Capítulo uno

ACTIVADOS PARA UN PROPÓSITO ETERNO

“Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito”.

Romanos 8:28 (NVI)

Toda verdadera activación en el Reino de Dios encuentra su sentido más profundo cuando comprendemos que nuestra vida no es el resultado de la casualidad, ni de la simple suma de decisiones humanas, sino la manifestación de un diseño eterno que fue concebido en el corazón de Dios mucho antes de que existiera cualquier circunstancia visible, de modo que la vida espiritual no comienza en el momento de la conversión, sino en el momento en que ese diseño comienza a ser revelado y abrazado con conciencia.

Este entendimiento transforma completamente la manera en que percibimos nuestra existencia, porque dejamos de vernos como personas que intentan encontrar un rumbo y comenzamos a reconocernos como hijos de Dios

que hemos sido llamados a caminar en un camino ya preparado, entendiendo que el propósito no es algo que se inventa, sino algo que se descubre, no es algo que se construye desde cero, sino algo que se revela progresivamente en la medida en que la vida se alinea con Dios.

La Escritura expresa esta verdad con claridad cuando el Señor le dice al profeta: ***“Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué; te di por profeta a las naciones”*** (Jeremías 1:5), mostrando que la vida no comienza en el nacimiento, sino en el conocimiento previo de Dios, y que el propósito no es una reacción a la vida, sino una intención previa que define la vida misma.

Esto implica que cada creyente ha sido pensado, diseñado y llamado con una intención específica, con una asignación que no es genérica ni intercambiable, sino única, precisa y profundamente conectada con el plan de Dios en la tierra, lo cual otorga a la vida un valor y una dirección que trascienden cualquier circunstancia.

Sin embargo, uno de los mayores desafíos es que muchos viven activados, pero no necesariamente alineados con su propósito, moviéndose, sirviendo, haciendo, participando, pero sin una claridad interna de hacia dónde se dirige todo eso, lo cual genera una sensación de dispersión, de esfuerzo constante sin dirección definida, como quien avanza pero no sabe exactamente hacia dónde.

Aquí es donde se hace necesaria una corrección profunda, porque la activación sin propósito puede producir desgaste, pero no trascendencia, puede generar resultados momentáneos, pero no impacto eterno, de modo que necesitamos detenernos y preguntarnos no solo qué estamos haciendo, sino si lo que estamos haciendo responde al diseño de Dios para nuestra vida.

Activarse para un propósito eterno implica reconocer que la vida no se trata simplemente de cumplir funciones, sino de responder a una asignación, no se trata de ocupar espacios, sino de cumplir un llamado, no se trata de hacer cosas buenas, sino de hacer aquello que Dios determinó de antemano.

El apóstol Pablo lo expresa de manera contundente cuando declara que fue ***“apartado desde el vientre de su madre” (Gálatas 1:15)***, mostrando que su vida no fue una construcción progresiva basada en decisiones humanas, sino el despliegue de un propósito previamente establecido, que en su momento fue revelado y asumido con obediencia.

Este principio es fundamental, porque cuando el creyente comprende que hay un propósito eterno detrás de su vida, deja de vivir de manera reactiva y comienza a vivir de manera intencional, deja de responder a lo que surge y comienza a moverse en función de lo que ha sido asignado, dejando de lado la dispersión para abrazar el enfoque.

Además, entender el propósito eterno produce estabilidad, porque la vida deja de depender de las circunstancias, de las oportunidades o de los resultados visibles, y comienza a sostenerse en una convicción interna que no cambia, lo cual permite avanzar aun cuando no todo es claro, aun cuando no todo es fácil, aun cuando no todo es inmediato.

Esto también redefine la manera en que interpretamos los procesos, porque dejamos de verlos como interrupciones o demoras y comenzamos a entenderlos como parte del desarrollo del propósito, como espacios donde Dios forma, ajusta y prepara para aquello que vendrá, entendiendo que el propósito no solo se recibe, sino que también se forma.

Jesús mismo vivió bajo esta conciencia, y toda Su vida estuvo alineada con un propósito claro, definido y eterno, lo cual le permitió avanzar con firmeza, resistir la oposición, sostenerse en los procesos y cumplir con precisión aquello para lo cual fue enviado, mostrando que la claridad de propósito produce firmeza de caminar.

Esto nos lleva a comprender que la activación no puede estar desconectada del propósito, porque cuando lo está, se vuelve inestable, cambiante y muchas veces superficial, mientras que cuando está alineada, adquiere dirección, profundidad y trascendencia.

El propósito eterno también implica entender que la vida no se limita a lo visible, que no todo lo que hacemos

tiene impacto inmediato, pero sí tiene un peso eterno, de modo que el creyente aprende a vivir con una perspectiva más amplia, más profunda y más consciente de que cada decisión, cada acción y cada respuesta forman parte de algo mucho mayor.

Por eso, activarse para un propósito eterno no es simplemente hacer más, sino vivir con dirección, con conciencia, con enfoque y con una profunda convicción de que la vida tiene sentido en la medida en que está alineada con el plan de Dios.

Cuando esta verdad se establece, la vida cambia completamente, porque deja de ser una sucesión de eventos y se convierte en un camino con propósito, deja de ser una reacción constante y se convierte en una respuesta intencional, deja de ser un esfuerzo por avanzar y se convierte en un caminar guiado.

Y es en este punto donde comenzamos a experimentar una satisfacción diferente, no basada en lo que logramos, sino en saber que estamos caminando en aquello para lo cual fuimos creados, lo cual produce una plenitud que no depende de las circunstancias, sino de la alineación con el propósito. Porque al final, la vida no encuentra su sentido en lo que hace, lo encuentra en para qué lo hace.

Cuando la activación se alinea con el propósito eterno, entonces deja de ser movimiento, y se convierte en trascendencia.

Capítulo dos

DESCUBRIR Y ABRAZAR LA ASIGNACIÓN

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.”

Jeremías 29:11

Comprender que existe un propósito eterno es el primer paso, pero no es suficiente, porque ese propósito debe tomar forma concreta en la vida del creyente a través de una asignación específica, personal e intransferible, de modo que la vida espiritual no se vive en términos generales, sino en la claridad de aquello que Dios ha confiado a cada uno, entendiendo que nadie ha sido llamado a todo, pero todos hemos sido llamados a algo.

Aquí es donde muchos creyentes, aun teniendo revelación del propósito, permanecen en una especie de indefinición práctica, porque saben que Dios tiene un plan, pero no logran identificar con claridad cuál es su parte dentro de ese plan, lo cual los lleva a moverse de un lado a otro,

probando, intentando, participando en diferentes áreas, pero sin una convicción profunda de estar caminando en aquello que les fue asignado.

La Escritura establece este principio con claridad cuando declara que ***“cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10)***, revelando que la gracia no se manifiesta de manera uniforme, sino diversa, y que cada creyente ha recibido una porción específica que debe ser reconocida, desarrollada y administrada.

Esto implica que la asignación no es algo que se elige por preferencia, ni se determina por necesidad externa, sino que se descubre en la medida en que el creyente camina con Dios, se observa a sí mismo a la luz de la Palabra, reconoce los dones que ha recibido y comienza a discernir dónde y cómo esos dones deben ser aplicados para edificar a otros.

Descubrir la asignación requiere tiempo, requiere proceso, requiere disposición a aprender, a probar, a ajustar y a crecer, porque no siempre es algo que se revela de manera inmediata, sino que muchas veces se va aclarando en el caminar, en la obediencia, en la práctica y en la confirmación que viene a través del Espíritu y del cuerpo de Cristo.

Sin embargo, hay algo aún más importante que descubrir la asignación, y es abrazarla, porque muchos llegan a comprender cuál es su lugar, pero no logran comprometerse con él, ya sea por comparación, por inseguridad, por temor o

por expectativas equivocadas, deseando muchas veces una asignación diferente, más visible, más reconocida o más acorde a sus propios deseos.

Aquí es donde el creyente debe tomar una decisión profunda, porque abrazar la asignación implica renunciar a lo que no le corresponde, dejar de mirar lo que otros hacen y enfocarse en aquello que Dios le ha confiado, entendiendo que la fidelidad no se mide por la grandeza de la tarea, sino por la obediencia en lo que se ha recibido.

El apóstol Pablo lo expresa con claridad cuando dice que cada uno debe examinar su propia obra y no compararse con otros, porque cada uno llevará su propia carga (**Gálatas 6:4 y 5**), mostrando que la vida espiritual no es una competencia, sino una administración personal de lo que Dios ha dado.

Esto libera al creyente de la comparación y le permite enfocarse, porque entiende que no fue diseñado para hacerlo todo, sino para cumplir su parte, y que en esa parte hay una gracia específica que le permite funcionar con eficacia, con fluidez y con fruto. Y no estoy refiriéndome solo a lo que podamos hacer dentro de una congregación, porque ese ha sido uno de los grandes problemas de la Iglesia, observar propósito, solo dentro de las cuatro paredes de un templo, cuando el propósito está vinculado a la vida y a la sociedad.

Abrazar la asignación también implica compromiso, porque no se trata solo de reconocer lo que Dios ha dado, sino

de desarrollarlo, de invertir tiempo, de crecer, de madurar y de sostenerse en ello aun cuando no haya reconocimiento inmediato, entendiendo que el propósito no se construye en la emoción, sino en la constancia.

Además, implica responsabilidad, porque aquello que Dios entrega no es solo para beneficio personal, sino para edificación de otros, de modo que la asignación siempre tiene una dimensión hacia afuera, siempre está conectada con el cuerpo, siempre impacta más allá de uno mismo.

Aquí es donde la activación adquiere una dirección clara, porque deja de ser general y se vuelve específica, deja de abarcar todo y comienza a enfocarse, deja de dispersarse y comienza a concentrarse en aquello que realmente corresponde.

Esto también produce mayor efectividad, porque el creyente deja de gastar energía en áreas que no le fueron asignadas y comienza a invertir con mayor profundidad en aquello que sí le corresponde, lo cual genera crecimiento, desarrollo y fruto en esa área específica.

La asignación también puede cambiar o expandirse con el tiempo, pero siempre lo hace dentro de un proceso guiado por Dios, no por impulsos humanos, de modo que el creyente debe mantenerse sensible, dispuesto a crecer y a avanzar, pero siempre dentro del marco de la dirección divina.

Cuando esta verdad se establece, la vida del creyente se ordena, se enfoca y se fortalece, porque ya no vive intentando encontrar su lugar, sino caminando en él, ya no se compara, sino que se afirma, ya no se dispersa, sino que se concentra, lo cual le permite avanzar con claridad y con una mayor estabilidad.

Y es en este punto donde la activación comienza a producir impacto real, porque está alineada con una asignación específica, sostenida por una convicción clara y desarrollada con fidelidad.

Porque al final, no es hacer muchas cosas lo que define la vida en el Reino, es hacer lo que te fue asignado. Solo cuando descubrimos y abrazamos nuestra asignación, entonces la activación deja de ser dispersión y se convierte en enfoque con propósito eterno.

Capítulo tres

ACTIVACIÓN EN FUNCIÓN DEL REINO, NO DEL EGO

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.”

Filipenses 2:3 y 4

A medida que el creyente comienza a descubrir su propósito y a abrazar su asignación, se enfrenta a una de las pruebas más profundas y determinantes de su vida espiritual: la confrontación con el ego, porque aunque la activación sea correcta, aunque la dirección sea clara y aunque la asignación esté definida, siempre existirá la posibilidad de que el corazón se desvíe, utilizando incluso lo espiritual como un medio para afirmarse a sí mismo en lugar de glorificar a Dios.

Este es un punto crítico, porque el ego no siempre se manifiesta de manera evidente, muchas veces se esconde detrás de buenas intenciones, de deseos aparentemente correctos, de servicio, de compromiso y hasta de sacrificio,

de modo que el creyente puede estar haciendo lo correcto, pero con una motivación incorrecta, lo cual, aunque no detenga completamente la obra, sí afecta su pureza, su fruto y su permanencia.

Aquí es donde se hace necesario establecer una verdad fundamental: “la activación en el Reino no gira en torno al hombre, sino en torno a Dios”.

Cuando esta verdad se pierde, la vida espiritual comienza a desordenarse, porque el centro deja de ser el propósito eterno y pasa a ser la necesidad personal, ya sea de reconocimiento, de validación, de logro o de satisfacción, lo cual transforma la activación en una búsqueda encubierta del yo y las ambiciones personales.

Jesús confrontó este principio de manera directa cuando enseñó que el que quiera ser grande debe hacerse servidor, y el que quiera ser el primero debe hacerse el último, mostrando que en el Reino los valores son invertidos, que la grandeza no se mide por cuánto se recibe, sino por cuánto se entrega, y que la verdadera activación no se expresa en destacarse, sino en servir.

Además, estableció un principio clave cuando dijo: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia...”*** (Mateo 6:33), colocando el Reino en el centro y todo lo demás como consecuencia, lo cual implica que toda activación que no tenga como prioridad el Reino está, de alguna manera, desalineada.

Esto nos lleva a comprender que el ego no solo se expresa en orgullo evidente, sino también en formas más sutiles, como la necesidad de ser vistos, de ser reconocidos, de tener resultados visibles, de compararse con otros o de medir el valor personal por lo que se logra, lo cual, aunque muchas veces pasa desapercibido, contamina la motivación y debilita la vida espiritual.

Activarse en función del Reino implica una rendición constante del yo, una vigilancia permanente del corazón y una decisión diaria de mantener a Dios en el centro, entendiendo que no se trata de eliminar toda expresión personal, sino de someterla, de alinearla y de purificarla.

El apóstol Pablo lo expresa con una profundidad contundente cuando declara: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20), mostrando que la vida espiritual no se trata de mejorar el yo, sino de someterlo, de manera que lo que se manifieste no sea la voluntad personal, sino la vida de Cristo.

Esto es clave, porque el ego siempre buscará protagonismo, siempre querrá tomar el control, siempre intentará posicionarse en el centro, y si no es tratado, puede llevar al creyente a desviar su activación, a perder el enfoque y a transformar el propósito en una plataforma personal.

Por eso, la verdadera activación requiere una vida de negación personal, no como un acto aislado, sino como una postura constante, donde aprendemos a renunciar a nuestra

propia gloria, a nuestras propias expectativas y a nuestros propios deseos cuando estos no están alineados con el Reino.

Esto no produce pérdida, sino libertad, porque dejamos de vivir bajo la presión de sostener una imagen, de alcanzar expectativas o de compararnos con otros, y comenzamos a vivir desde una autenticidad que nos permite servir con pureza, con gozo y con una motivación correcta.

Además, cuando la activación se alinea con el Reino, el fruto adquiere una calidad diferente, porque ya no está contaminado por la necesidad personal, sino que fluye desde una entrega genuina, desde un corazón limpio y desde una vida que busca agradar a Dios antes que a los hombres.

Esto también protege nuestra vida de la frustración, porque cuando el ego está en el centro, los resultados determinan el estado emocional, mientras que cuando el Reino es la prioridad, la fidelidad se convierte en el criterio principal, y entonces podemos mantenernos firmes aun cuando los resultados no sean inmediatos o visibles.

La activación en función del Reino también produce unidad, porque elimina la competencia, disuelve la comparación y permite que cada uno valore la gracia del otro, entendiendo que todos forman parte de un mismo cuerpo y que cada asignación contribuye al mismo propósito.

Así, la vida deja de ser una plataforma personal y se convierte en un instrumento del Reino, donde cada acción,

cada decisión y cada avance están alineados con el corazón de Dios y no con las necesidades del yo.

Y es en este punto donde la activación alcanza una pureza mayor, porque ya no busca protagonismo, sino cumplimiento, ya no busca reconocimiento, sino obediencia, ya no busca destacarse, sino servir. Porque al final, el mayor peligro no es no hacer, es hacer para uno mismo.

Cuando nos activamos en función del Reino y no del ego, entonces nuestra vida deja de girar en torno a nuestra propia necesidad, y comienza a reflejar el corazón de Dios en todo lo que hacemos.

Capítulo cuatro

ENFOQUE Y DIRECCIÓN

“Mira siempre hacia adelante, fija tu mirada en lo que está frente a ti... Fíjate bien dónde pones los pies y todos tus caminos serán seguros.”

Proverbios 4:25 y 27 (PDT)

En el camino de una vida activada en propósito, uno de los desafíos más determinantes no es la falta de oportunidades, sino el exceso de ellas, porque cuando el creyente comienza a crecer, a responder y a involucrarse, inevitablemente se abren múltiples caminos, surgen nuevas posibilidades, aparecen diferentes demandas, y es en ese punto donde la falta de enfoque puede convertirse en un factor de desgaste, de dispersión y, finalmente, de pérdida de efectividad.

El problema no es tener opciones, sino no saber cuál elegir. Porque en el Reino de Dios, no todo lo que es bueno es lo que corresponde, no todo lo que se puede hacer es lo que se debe hacer, y no todo lo que parece avanzar es lo que realmente edifica, de modo que necesitamos desarrollar una

capacidad clara de enfocarnos, de definir dirección y de mantenernos firmes en aquello que Dios nos ha asignado, sin dejarnos arrastrar por cada oportunidad, por cada necesidad o por cada expectativa externa.

El apóstol Pablo expresa esta verdad con una claridad profunda cuando declara: ***“olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta”*** (Filipenses 3:13 y 14), mostrando que la vida espiritual no se vive mirando en múltiples direcciones, sino avanzando hacia una meta definida, con intención, con determinación y con enfoque.

El enfoque espiritual no es limitación, es claridad, porque cuando intentamos abarcar demasiado, perdemos profundidad, perdemos eficacia y muchas veces terminamos cansados sin haber producido el fruto que podríamos haber generado si hubiésemos concentrado nuestra energía en aquello que realmente nos correspondía.

Aquí es donde se hace necesario entender que el enfoque es una decisión, no una circunstancia, porque siempre habrá cosas que hacer, siempre habrá necesidades, siempre habrá oportunidades, pero no todas forman parte de la asignación personal, de modo que el creyente debe aprender a filtrar, a priorizar y a elegir con sabiduría.

Esto implica renunciar a la dispersión, a la necesidad de responder a todo, a la presión de cumplir con expectativas externas y a la tentación de involucrarse en áreas que no le

han sido asignadas, entendiendo que cada “sí” que se da fuera del propósito puede convertirse en un “no” a lo que verdaderamente importa.

La falta de enfoque no siempre se percibe como un problema, muchas veces se disfraza de compromiso, de disponibilidad o de buena voluntad, pero en lo profundo genera fragmentación, debilita la constancia y limita el impacto, porque el creyente se mueve, pero no avanza con dirección clara.

Jesús mismo modeló una vida profundamente enfocada, y aunque tenía acceso a todo, no hizo todo, no fue a todos los lugares, no respondió a todas las demandas, sino que caminó con una claridad absoluta de su misión, lo cual le permitió cumplir con precisión aquello para lo cual fue enviado.

Esto nos enseña que la verdadera efectividad no está en hacer muchas cosas, sino en hacer lo correcto con constancia y dirección.

El enfoque también está profundamente conectado con la dirección, porque no se trata solo de concentrarse, sino de hacerlo en el camino correcto, de modo que el creyente no solo necesita decidir en qué invertir su vida, sino asegurarse de que esa inversión está alineada con el propósito de Dios.

Aquí es donde el discernimiento vuelve a ser clave, porque el enfoque sin dirección puede ser intenso, pero

incorrecto, mientras que la dirección sin enfoque puede ser clara, pero inefectiva, de modo que ambas dimensiones deben caminar juntas, produciendo una vida que no solo sabe hacia dónde va, sino que también sabe mantenerse en ese camino.

Además, el enfoque produce profundidad, y la profundidad produce fruto, porque cuando el creyente se mantiene en aquello que le fue asignado, comienza a crecer, a desarrollarse, a madurar y a producir resultados más sólidos, más consistentes y más duraderos.

Esto también fortalece la perseverancia, porque la persona enfocada no cambia constantemente de dirección, no abandona a mitad de camino, no se deja distraer fácilmente, sino que se sostiene en aquello que ha recibido, avanzando aun cuando no todo sea inmediato o visible.

La falta de enfoque, en cambio, genera ciclos de entusiasmo y abandono, donde el creyente comienza muchas cosas, pero no las termina, se involucra con intensidad, pero no permanece, lo cual impide que el propósito se desarrolle plenamente. Por eso, el enfoque no solo determina la dirección, sino también la capacidad de sostenerse en ella.

Cuando esta verdad se establece, la vida del creyente se simplifica, se ordena y se fortalece, porque deja de vivir disperso y comienza a caminar con claridad, deja de responder a todo y comienza a responder a lo que

corresponde, deja de intentar abarcar y comienza a profundizar.

Así, la activación deja de ser movimiento sin rumbo y se convierte en un caminar intencional, firme y alineado, donde cada paso tiene sentido, cada decisión tiene dirección y cada esfuerzo está enfocado en aquello que realmente importa.

Porque al final, no es la cantidad de cosas que hacemos lo que define nuestra vida, es la dirección hacia la cual avanzamos. Y cuando el enfoque se alinea con el propósito de Dios, entonces la activación deja de ser dispersión, y se convierte en avance firme hacia el cumplimiento del diseño divino.

Capítulo cinco

PERSEVERANCIA EN EL PROPÓSITO

“Ustedes necesitan perseverar para que, después de haber hecho la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido.”

Hebreos 10:36

Una vez que el creyente ha comprendido su propósito, ha abrazado su asignación, ha alineado su corazón con el Reino y ha definido un enfoque claro, se enfrenta a una de las pruebas más determinantes de su vida espiritual: la perseverancia, porque no es difícil comenzar, lo verdaderamente desafiante es permanecer, sostenerse, avanzar aun cuando las circunstancias cambian, cuando los resultados no son inmediatos y cuando el proceso se vuelve más largo de lo esperado.

Aquí es donde muchos se detienen, no por falta de llamado, ni por falta de capacidad, sino por falta de constancia, porque el entusiasmo inicial no es suficiente para sostener una vida de propósito, y la emoción, aunque puede

impulsar el comienzo, no tiene la fuerza necesaria para mantener el avance en el tiempo, de modo que el creyente necesita desarrollar una perseverancia que no dependa de lo que siente, sino de lo que ha entendido.

La Escritura expresa esta verdad con claridad cuando declara: ***“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”*** (Gálatas 6:9), mostrando que existe una relación directa entre la perseverancia y la cosecha, de modo que no todo lo que se siembra produce inmediatamente, pero todo lo que se sostiene correctamente en el tiempo produce resultado.

Esto nos lleva a comprender que el propósito no se desarrolla en momentos aislados, sino en procesos continuos, donde cada decisión, cada paso y cada acto de obediencia se van acumulando, formando una trayectoria que, aunque muchas veces no es visible al principio, termina generando un impacto significativo.

Uno de los mayores desafíos en este proceso es que la perseverancia se pone a prueba en la repetición, en lo cotidiano, en lo aparentemente simple, en aquello que no genera reconocimiento inmediato, en aquello que no produce resultados visibles de manera rápida, y es allí donde el creyente debe decidir si su motivación está en el resultado o en la fidelidad.

Porque cuando la motivación está en el resultado, la constancia se debilita cuando el resultado tarda, pero cuando

la motivación está en la fidelidad, el creyente continúa, avanza y se sostiene, sabiendo que cada paso cuenta, que cada acción suma y que nada de lo que se hace en Dios es en vano.

Jesús mismo enseñó este principio a través de múltiples parábolas, mostrando que el Reino crece como una semilla, de manera progresiva, silenciosa y constante, revelando que el crecimiento no siempre es inmediato, pero siempre es real cuando se sostiene en el tiempo.

Esto también implica entender que habrá momentos de dificultad, de oposición, de cansancio o de aparente estancamiento, donde el creyente no verá avances claros, donde las circunstancias parecerán contradecir lo que ha creído, y es allí donde la perseverancia se vuelve una decisión espiritual, no basada en lo visible, sino en la convicción interna de que Dios es fiel a lo que prometió.

La perseverancia también está profundamente conectada con la visión, porque el que pierde de vista el propósito pierde la fuerza para continuar, mientras que el que mantiene la mirada en aquello que Dios ha mostrado encuentra una motivación que trasciende las circunstancias, lo cual le permite seguir adelante aun cuando el camino se vuelve difícil.

El apóstol Pablo lo expresa con claridad cuando habla de correr la carrera con paciencia, poniendo los ojos en Jesús, mostrando que la perseverancia no es simplemente resistir,

sino avanzar con dirección, con enfoque y con una mirada puesta en lo eterno.

Además, la perseverancia produce formación, porque en el proceso de mantenerse firme, el carácter es trabajado, la fe es fortalecida, la paciencia es desarrollada y la dependencia de Dios se profundiza, de modo que el propósito no solo se cumple, sino que somos transformados en el camino.

Esto es fundamental, porque Dios no solo está interesado en lo que hacemos, sino en lo que somos mientras lo hacemos, y muchas veces el proceso es tan importante como el resultado, porque es en el proceso donde se forma el carácter necesario para sostener aquello que vendrá.

La falta de perseverancia, en cambio, interrumpe procesos, debilita el crecimiento y muchas veces deja cosas inconclusas, porque el creyente comienza, pero no termina, avanza, pero se detiene, se involucra, pero no permanece, lo cual impide que el propósito se desarrolle plenamente.

Por eso, la perseverancia no es una opción para algunos, sino una necesidad para todos aquellos que desean vivir en propósito, porque sin ella, la activación se vuelve temporal, superficial e inestable.

Cuando desarrollamos esta dimensión, nuestra vida comienza a adquirir una firmeza diferente, ya no depende de lo que sentimos, no nos detenemos ante la dificultad, no

retrocedemos ante la oposición, sino que avanzamos con una convicción firme, sabiendo que lo que Dios comenzó, Él lo perfeccionará hasta el día del Señor.

Así, la activación deja de ser un impulso inicial y se convierte en una trayectoria sostenida, donde cada paso, cada decisión y cada acto de obediencia forman parte de un proceso que, aunque muchas veces es invisible al principio, termina manifestando el propósito de Dios de manera clara y contundente.

Porque al final, no es el que comienza el que alcanza el propósito, es el que permanece. Y cuando la perseverancia se establece, entonces la activación deja de ser momentánea y se convierte en una vida que avanza hasta cumplir completamente el diseño de Dios en la tierra.

Capítulo seis

IMPACTO EN LOS DEMÁS

“Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver sus buenas obras y alaben a su Padre que está en el cielo.”

Mateo 5:16 (NVI)

Cuando nuestra vida se alinea con el propósito, podemos afirmarnos en nuestra asignación, nos mantenemos enfocados y aprendemos a perseverar. Cuando hacemos esto, inevitablemente comenzamos a manifestar una realidad que trasciende lo personal: “el impacto en otros”.

En el Reino de Dios ninguna vida fue diseñada para quedarse en sí misma, sino para convertirse en un canal a través del cual Dios toca, transforma y levanta a otros, entendiendo que el verdadero cumplimiento del propósito no se mide solo por lo que sucede en nosotros, sino por lo que Dios hace a través de nosotros.

Aquí es donde se rompe definitivamente la visión individualista de la vida espiritual, porque dejamos de pensar en términos de crecimiento personal como fin último y comenzamos a comprender que todo lo que hemos recibido tiene una dirección hacia afuera, hacia personas, hacia vidas, hacia procesos que Dios quiere alcanzar, de modo que la activación encuentra su expresión más genuina cuando se convierte en influencia.

La Escritura establece este principio con claridad cuando el apóstol Pablo instruye a Timoteo a que lo que ha oído de él lo confíe a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros (**2 Timoteo 2:2**), mostrando una cadena de transmisión donde lo recibido no se retiene, sino que se entrega, se multiplica y se expande, revelando que el Reino crece por transferencia, no por acumulación.

Esto implica que cada creyente, sin importar su posición o función, tiene la capacidad y la responsabilidad de influir en otros, de impartir lo que ha recibido, de acompañar procesos, de edificar vidas y de contribuir al crecimiento del cuerpo, entendiendo que el impacto no es exclusivo de plataformas visibles, sino que se manifiesta en lo cotidiano, en lo cercano, en lo relacional.

El impacto en otros no comienza en grandes escenarios, comienza en la cercanía, en la disposición de escuchar, de acompañar, de servir, de enseñar, de invertir tiempo en la vida de otros, entendiendo que muchas veces lo más trascendente ocurre en espacios pequeños, en relaciones

profundas y en procesos silenciosos que no siempre son visibles, pero que tienen un peso eterno.

Esto también redefine la manera en que vemos nuestra vida, porque dejamos de enfocarnos únicamente en lo que necesitamos resolver en nosotros mismos y comenzamos a abrir nuestra mirada hacia los demás, hacia aquellos que necesitan ser alcanzados, formados, fortalecidos o guiados, entendiendo que el propósito siempre incluye a otros.

Además, el impacto verdadero no se produce solo con palabras, sino con vida, porque lo que más transforma no es lo que se dice, sino lo que se vive, de modo que viviendo en plenitud espiritual, nos convertimos en un testimonio vivo, en una referencia, en un ejemplo que otros pueden observar, seguir y del cual pueden aprender.

Jesús mismo modeló esta realidad de manera perfecta, no solo enseñando a multitudes, sino invirtiendo profundamente en un grupo reducido de discípulos, caminando con ellos, formándolos, corrigiéndolos, capacitándolos y preparándolos para continuar la obra, mostrando que el impacto no siempre se mide por la cantidad, sino por la calidad de la inversión.

Esto nos lleva a comprender que una vida activada en propósito no busca solo resultados inmediatos, sino transformación en otros, no busca solo cumplir tareas, sino formar personas, no busca solo avanzar, sino llevar a otros a avanzar también.

Sin embargo, impactar a otros también implica responsabilidad, porque lo que se transmite debe ser sano, debe ser correcto, debe estar alineado con la verdad, de modo que necesitamos cuidar nuestra vida, nuestra doctrina, nuestro carácter y nuestro caminar, entendiendo que todo lo que somos se convierte en referencia para otros.

Aquí es donde la madurez vuelve a ser clave, porque el impacto sin madurez puede ser dañino, puede transmitir cosas incorrectas o puede generar dependencia en lugar de crecimiento, mientras que el impacto maduro forma, libera y dirige a las personas hacia una relación directa con Dios.

Además, el impacto no siempre es inmediato ni evidente, muchas veces es progresivo, silencioso y requiere paciencia, porque trabajar en la vida de otros implica procesos, tiempos y acompañamiento, de modo que debemos aprender a sembrar sin desesperarnos, a invertir sin ver resultados inmediatos y a confiar en que Dios está obrando en aquello que hemos sembrado.

Esto también implica disponibilidad, porque impactar a otros requiere tiempo, requiere atención, requiere disposición a salir de uno mismo, a incomodarse, a invertir en personas que están en proceso, entendiendo que el Reino no se construye solo con ideas, sino con relaciones.

Cuando esta verdad se establece, nuestra vida se expande, deja de ser limitada a nuestra propia experiencia y comenzamos a tocar otras vidas, a generar cambios, a

producir crecimiento, lo cual da una dimensión completamente diferente al propósito.

Así, la activación deja de ser personal y se convierte en multiplicadora, deja de ser individual y se vuelve colectiva, deja de centrarse en uno y comienza a expresarse en otros. Porque al final, el propósito no se cumple solo en lo que Dios hace en nosotros, sino en lo que hace a través de nosotros. Y cuando la activación impacta vidas, entonces deja de ser crecimiento personal, y se convierte en expansión del Reino.

Capítulo siete

INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD

“...que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo...”

Filipenses 2:15

Cuando la activación se alinea con el propósito y comienza a impactar vidas, inevitablemente se expande más allá de lo individual y lo relacional, alcanzando una dimensión mayor: la influencia en la sociedad, porque el Reino de Dios no fue diseñado para permanecer encerrado en lo privado, ni limitado al ámbito congregacional, sino para manifestarse en todos los espacios donde la vida humana se desarrolla, entendiendo que la fe no solo transforma al individuo, sino que también tiene el poder de transformar contextos, culturas y estructuras.

Aquí es donde el creyente necesita ampliar su visión, porque muchas veces la vida espiritual ha sido reducida a lo

personal o a lo eclesial, como si el impacto del Reino terminara dentro de esos límites, cuando en realidad el llamado es a ser luz en medio de las tinieblas, a ser sal en medio de un mundo que necesita preservación, dirección y verdad, lo cual implica una presencia activa, consciente y transformadora en la sociedad.

Jesús estableció este principio cuando declaró: ***“Vosotros sois la luz del mundo... vosotros sois la sal de la tierra”*** (Mateo 5:13 y 14), mostrando que la identidad del creyente no está diseñada para ocultarse, sino para manifestarse, no para aislarse, sino para influir, no para adaptarse al sistema, sino para traer una expresión diferente que impacte el entorno.

Esto implica que la activación en propósito no se limita a servir dentro de un contexto espiritual, sino que se extiende a cada área de la vida, al trabajo, a la familia, a la educación, a la cultura, a la economía, a la sociedad en general, entendiendo que cada uno ha sido posicionado estratégicamente en lugares donde el Reino debe manifestarse.

La influencia no comienza en grandes plataformas, comienza en la vida diaria, en la manera en que el creyente vive, se relaciona, trabaja, decide y responde, porque cada acción comunica, cada actitud impacta y cada decisión refleja el Reino o lo contradice, de modo que la influencia es una consecuencia natural de una vida alineada.

Esto también implica responsabilidad, porque el creyente no está llamado a adaptarse pasivamente al entorno, sino a traer una influencia que transforme, que confronte cuando es necesario, que establezca principios, que refleje valores del Reino en medio de una cultura que muchas veces se aleja de ellos.

Sin embargo, es importante entender que la influencia no se ejerce desde la imposición, sino desde la coherencia, desde la autoridad que proviene de una vida íntegra, de un carácter formado y de una convicción firme, de modo que el impacto no se produce solo por lo que se dice, sino por lo que se vive.

El creyente que entiende esto deja de ver su entorno como un lugar hostil del cual debe escapar y comienza a verlo como un campo de influencia, como un espacio de misión, como un territorio donde Dios lo ha colocado con un propósito, lo cual transforma completamente su manera de relacionarse con la sociedad.

Además, la influencia en la sociedad no siempre es inmediata ni visible, muchas veces es progresiva, silenciosa y requiere constancia, porque transformar contextos implica tiempo, implica presencia sostenida y implica fidelidad en lo pequeño, de modo que el creyente no debe desanimarse si no ve resultados rápidos, sino mantenerse firme en su posición.

Esto también implica discernimiento, porque no toda forma de involucrarse es correcta, y el creyente necesita saber

cómo moverse, cuándo hablar, cuándo actuar y de qué manera influir sin perder su identidad ni comprometer la verdad, lo cual requiere una vida espiritual sólida y una sensibilidad constante al Espíritu.

La influencia del Reino también se manifiesta a través de la excelencia, porque cuando hacemos bien lo que hacemos, cuando trabajamos con integridad, cuando nos conducimos con rectitud, cuando actuamos con sabiduría, comenzamos a generar un impacto que abre puertas, que crea oportunidades y que establece una referencia diferente en medio de la sociedad.

Esto rompe con la idea de que lo espiritual está separado de lo cotidiano, mostrando que todo lo que hacemos puede ser una expresión del Reino, que cada espacio es una oportunidad y que cada área de la vida puede ser un lugar de manifestación de Dios.

Cuando esta verdad se establece, la vida del creyente se expande más allá de los límites tradicionales y comienza a tener un impacto real en el entorno, en las personas, en las dinámicas sociales, generando cambios que, aunque muchas veces comienzan de manera pequeña, terminan teniendo un alcance mayor.

Así, la activación deja de ser interna y se convierte en visible, deja de ser contenida y se vuelve expansiva, deja de limitarse al ámbito espiritual y comienza a manifestarse en todos los aspectos de la vida.

Porque al final, el Reino no fue diseñado para esconderse entre cuatro paredes, fue diseñado para manifestarse. Y cuando entendemos nuestro rol en la sociedad, entonces nuestra vida deja de ser una experiencia privada, y se convierte en una influencia viva que transforma todo lo que toca.

Así es el Reino, se expresa a través de los hijos de Dios, ungidos y sabios. La sociedad no debería conocernos por ser participantes de una religión, sino porque cultivamos una manera de vivir con valores diferentes y damos fruto conforme a la naturaleza que hemos recibido en Cristo.

Creo que, durante toda la historia del cristianismo, la Iglesia ha tenido un gran desafío ante la sociedad, pero los tiempos que se vienen son claves, porque nunca la Iglesia ha tenido que atravesar el tipo de presiones globales como las que se avecinan. El Señor nos ayude a obtener, sabiduría, actitud y la entrega suficiente como para un avance victorioso.

Capítulo ocho

CULTURA DE REINO

“Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino uno que no será destruido.”

Daniel 7:14

A medida que la activación se alinea con el propósito, impacta vidas y comienza a influir en la sociedad, surge una realidad aún más profunda y determinante: la formación de una cultura, porque el Reino de Dios no se manifiesta plenamente a través de eventos aislados, ni de momentos esporádicos de impacto, sino a través de una vida sostenida que, al repetirse en una comunidad, se convierte en una manera de vivir, en un sistema de valores, en una cultura que refleja el gobierno de Dios en la tierra.

Aquí es donde el creyente y, especialmente el liderazgo, deben elevar su entendimiento, porque no se trata solamente de hacer cosas correctas de manera individual, sino de contribuir a establecer una forma de vida colectiva

donde los principios del Reino no sean excepcionales, sino normales, no sean ocasionales, sino constantes.

La Escritura nos muestra este modelo en la iglesia primitiva, cuando describe que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones, y que todo esto generaba una dinámica donde el temor de Dios, la unidad, la generosidad y el crecimiento eran parte de la vida diaria (**Hechos 2:42**), revelando que no se trataba de acciones aisladas, sino de una cultura establecida.

Esto es fundamental, porque una cultura define lo que es normal, establece lo que se espera, forma la manera de pensar, de actuar y de responder, de modo que cuando la cultura del Reino se establece, las personas no necesitan ser constantemente impulsadas, porque ya viven dentro de un entorno que las forma y las sostiene.

Por el contrario, cuando no hay cultura, todo depende del esfuerzo momentáneo, de la motivación externa o de eventos específicos, lo cual produce inestabilidad, falta de continuidad y una vida espiritual que no logra sostenerse en el tiempo.

La cultura de Reino se construye a través de la repetición de principios vividos, no solo enseñados, porque lo que forma no es únicamente lo que se dice, sino lo que se practica de manera constante, de modo que cada decisión,

cada enseñanza, cada ejemplo y cada dinámica contribuyen a establecer una forma de vida.

Esto implica que la activación no puede ser vista solo como una respuesta individual, sino como una responsabilidad colectiva, donde cada creyente aporta a la construcción de una cultura que refleja el carácter de Dios, entendiendo que lo que se vive en comunidad tiene un impacto mayor que lo que se vive de manera aislada.

La cultura de Reino también requiere intencionalidad, porque no se forma de manera automática, sino que debe ser cultivada, protegida y desarrollada, lo cual implica enseñar, modelar, corregir y sostener los principios que se desean establecer, entendiendo que toda cultura es el resultado de lo que se permite, de lo que se refuerza y de lo que se corrige.

Esto también implica confrontar aquellas prácticas, actitudes o mentalidades que no están alineadas con el Reino, porque una cultura no solo se construye por lo que se incorpora, sino también por lo que se elimina, de modo que el liderazgo debe tener la claridad y la firmeza para proteger aquello que Dios quiere establecer.

Además, la cultura de Reino genera unidad, porque al compartir valores, principios y una misma visión, las personas comienzan a caminar en una misma dirección, lo cual fortalece el cuerpo, evita la fragmentación y potencia el impacto colectivo.

También produce continuidad, porque no depende de una persona o de un momento, sino que se sostiene en el tiempo, se transmite de generación en generación y se convierte en un legado que permanece más allá de quienes lo iniciaron.

Aquí es donde el propósito alcanza una dimensión mayor, porque deja de ser solo una experiencia personal y se convierte en una realidad compartida, donde muchos viven, responden y se alinean bajo los mismos principios, generando un impacto mucho más amplio y profundo.

La cultura de Reino también se manifiesta en lo cotidiano, en la manera en que se toman decisiones, en cómo se manejan los recursos, en cómo se resuelven conflictos, en cómo se sirve, en cómo se honra, en cómo se vive, mostrando que no es algo teórico, sino práctico, visible y tangible.

Cuando esta cultura se establece, la iglesia deja de ser un lugar donde se asiste y se convierte en un espacio donde se vive, donde cada persona es formada, donde cada área refleja el Reino y donde la activación no es una excepción, sino una norma.

Así, la vida del creyente se integra en algo mayor, deja de ser individual y comienza a ser parte de un cuerpo que se mueve en unidad, con propósito y con dirección, lo cual potencia el impacto y amplía el alcance del Reino.

Porque al final, el Reino no se establece con acciones aisladas, se establece con una cultura. Y cuando la cultura del Reino se forma, entonces la activación deja de ser momentánea, y se convierte en una forma de vida que transforma generaciones.

Aquí hay algunas claves, de cómo deberíamos comenzar a caminar para manifestar un cambio en nuestra cultura de vida. Jesús enseña cómo se vive con el Padre en la tierra:

- 1) En la cultura del Reino, siempre habrá necesidad espiritual que nos llevará a buscar Su presencia.
- 2) En la cultura del Reino, no existe la palabra tristeza o aflicción. Por eso es como si Jesús dijera: “cuando abras paso a tu verdadera cultura, tu tristeza se convertirá en gozo”.
- 3) En la cultura del Reino, humildad tiene que ver con sencillez y servicio. Todo quien pertenece al Reino es servicial. Esto genera como herencia la tierra. Prepárate a conquistarla.
- 4) En la cultura del Reino los ojos no están puesto en lo temporal, sino en lo eterno. De esta manera todo lo temporal será una realidad para nosotros.
- 5) En la cultura del Reino, la palabra restauración es una palabra con sentido y propósito. Porque Dios es así.

Restaurador. Cuando uno juzga, Dios levantara juicio contra él.

6) En la cultura del Reino, no se vive con doble personalidad. La pureza del corazón debe ser un estado interno de vida normal en la tierra.

7) En la cultura del Reino, no existe la contienda carnal, solo la confrontación espiritual.

8) En la cultura del Reino, el maltrato recibido por agradecer a Dios se convierte en una paga incalculable.

Dios nos llamó a manifestar Su cultura de Reino. No podemos dejar de cumplir con esta comisión. En el Reino hay obediencia y devoción absoluta al Rey de gloria. Todos le adoran y exaltan por siempre. En el Reino hay justicia, gracia, paz y amor verdadero. ¡Es maravilloso vivir la cultura del Reino!

Capítulo nueve

EL LEGADO ESPIRITUAL

“Una generación celebrará tus obras a otra, y anunciará tus poderosos hechos.”

Salmos 145:4

Cuando la vida del creyente se alinea con el propósito, impacta a otros, influye en la sociedad y contribuye a establecer una cultura de Reino, inevitablemente comienza a emerger una perspectiva más profunda: la del legado, porque el propósito de Dios nunca ha sido limitado al presente, sino que siempre ha tenido una proyección generacional, una continuidad que trasciende el tiempo y que se extiende más allá de la vida individual.

Aquí es donde la visión del creyente debe expandirse aún más, porque deja de pensar solo en términos de lo que está haciendo hoy y comienza a considerar qué está dejando para mañana, entendiendo que cada decisión, cada enseñanza, cada inversión y cada acción tiene un impacto que puede trascender su propia vida.

La Escritura revela este principio de manera clara cuando declara: ***“No lo encubriremos a sus hijos, contando a la generación venidera las alabanzas del Señor... para que lo sepa la generación venidera”*** (Salmos 78:4), mostrando que la fe no fue diseñada para ser vivida y retenida en una sola generación, sino para ser transmitida, preservada y multiplicada en el tiempo.

Esto implica que no solo somos responsables de nuestra propia vida espiritual, sino también de aquello que dejamos en otros, de lo que formamos, de lo que transmitimos y de lo que establecemos, entendiendo que el legado no es un resultado automático, sino una construcción intencional.

El legado espiritual no se limita a palabras o enseñanzas, sino que se establece a través de la vida, del ejemplo, de la coherencia y de la fidelidad sostenida en el tiempo, porque lo que más impacta a las generaciones no es lo que se dice ocasionalmente, sino lo que se vive consistentemente.

Aquí es donde los creyentes debemos hacernos una pregunta profunda: ¿Estamos viviendo de tal manera que otros puedan seguir lo que estamos dejando? Porque el legado no se construye al final de la vida, se construye cada día, en cada decisión, en cada acto de obediencia, en cada proceso que se transita, de modo que no es algo futuro, sino presente.

Además, el legado implica intencionalidad en la formación de otros, en invertir en personas, en discipular, en enseñar, en acompañar procesos, entendiendo que aquello que no se transfiere, se pierde, y que lo que no se forma en otros no tendrá continuidad.

El apóstol Pablo refleja esta visión cuando no solo predica, sino que forma discípulos, establece iglesias y deja personas preparadas para continuar la obra, mostrando que su vida no estaba centrada en lo que lograba en el momento, sino en lo que quedaba después.

Esto también implica pensar más allá de uno mismo, salir de la mentalidad inmediata y comenzar a vivir con una perspectiva generacional, donde las decisiones no se toman solo por conveniencia presente, sino por impacto futuro.

El legado espiritual también requiere fidelidad, porque no se construye con momentos aislados de intensidad, sino con una constancia que atraviesa el tiempo, con una vida que se mantiene firme aun cuando no todo es visible o reconocido.

Aquí es donde la perseverancia vuelve a cobrar un valor aún mayor, porque lo que se sostiene en el tiempo es lo que deja huella, lo que permanece y lo que se convierte en referencia para otros. Además, el legado no siempre es visible de inmediato, muchas veces se manifiesta años después, en personas que fueron formadas, en semillas que fueron sembradas, en principios que fueron establecidos, de

modo que el creyente debe aprender a sembrar con una visión que trascienda el presente. Esto también libera de la necesidad de reconocimiento inmediato, porque cuando se vive en función del legado, la prioridad deja de ser lo que se ve ahora y pasa a ser lo que permanecerá en el tiempo, lo cual alinea la vida con una perspectiva eterna.

Cuando esta verdad se establece, la vida del creyente adquiere un peso diferente, una responsabilidad mayor y una profundidad que transforma su manera de vivir, porque ya no se trata solo de cumplir un propósito personal, sino de dejar una huella que continúe manifestando el Reino.

Así, la activación deja de ser momentánea y se convierte en trascendente, deja de limitarse al presente y se proyecta hacia el futuro, deja de centrarse en uno y comienza a extenderse hacia generaciones. Porque al final, la vida no se mide solo por lo que logramos, sino por lo que dejamos.

Cuando vivimos con una visión de legado, entonces la activación deja de ser temporal, y se convierte en una semilla eterna que seguirá dando fruto más allá de nuestra propia vida. Dejar legado no es buscar clonar personas para que sigan bajo la copia de lo que nosotros somos. En Cristo cada cual tiene características únicas y especiales. El legado implica otorgar por gracia, lo que por gracia hemos recibido y cada quién sabrá lo que toma para sí, de modo que pueda enriquecer su vida, para que al final y en todo caso, Cristo sea glorificado.

Capítulo diez

ADMINISTRACIÓN DE LOS RECURSOS DEL REINO

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.”

1 Pedro 4:10

A medida que el creyente comprende el propósito, abraza su asignación, se enfoca, persevera, impacta a otros, influye en la sociedad y desarrolla una visión de legado, se hace inevitable enfrentar una realidad que define la efectividad de todo lo anterior: la administración de los recursos, porque el propósito no se manifiesta en el vacío, sino a través de aquello que Dios confía a cada vida, entendiendo que todo lo que hemos recibido tiene una intención y una responsabilidad asociada.

Aquí es donde la vida espiritual deja de ser solo una experiencia interna o una expresión de fe y se convierte también en una administración consciente, donde reconocemos que nuestro tiempo, nuestros dones, nuestras

capacidades, nuestras oportunidades, nuestras relaciones y aun nuestros recursos materiales no nos pertenecen en un sentido absoluto, sino que han sido confiados para ser utilizados en función del Reino.

Jesús enseñó este principio con claridad a través de la parábola de los talentos, mostrando que cada uno recibe una medida distinta, pero todos somos responsables de lo que hacemos con aquello que hemos recibido, revelando que el problema no es cuánto tenemos, sino cómo lo administramos, y que la fidelidad no se mide por la cantidad, sino por la responsabilidad con la que respondemos ante Dios.

Esto transforma completamente la perspectiva, porque los hijos de Dios dejamos de ver nuestros recursos como algo propio, solo para nuestro beneficio exclusivo y comenzamos a verlos como herramientas para el cumplimiento del propósito, lo cual genera una actitud diferente, más consciente, más intencional y más alineada con el corazón de Dios.

La administración del Reino comienza con el tiempo, porque es el recurso más valioso y el más limitado, y la manera en que lo utilizamos revela nuestras prioridades, nuestro enfoque y nuestro entendimiento del propósito, de modo que no se trata solo de tener tiempo, sino de invertirlo correctamente, en aquello que edifica, que forma y que contribuye al cumplimiento del llamado.

También incluye los dones y talentos, entendiendo que cada capacidad ha sido dada con una intención específica, no para ser ignorada ni utilizada solo para beneficio personal, sino para ser desarrollada, perfeccionada y puesta al servicio de otros, de modo que debemos asumir la responsabilidad de crecer en aquello que hayamos recibido.

Además, la administración alcanza las relaciones, porque las personas que Dios pone en el camino no son casuales, sino parte del proceso, oportunidades para sembrar, para edificar, para acompañar y para influir, de modo que debemos aprender a valorar, cuidar e invertir en esas relaciones con sabiduría.

También incluye los recursos materiales, entendiendo que lo financiero no está separado de lo espiritual, sino que es una dimensión donde se expresa la fidelidad, la generosidad y la dependencia de Dios, de modo que la manera en que administramos lo que tenemos refleja nuestra comprensión del Reino.

Aquí es donde se hace evidente que la administración no es solo una cuestión práctica, sino profundamente espiritual, porque revela el corazón, las prioridades y el nivel de alineación con Dios, mostrando si la vida está centrada en uno mismo o en el propósito.

El apóstol Pablo expresa este principio cuando dice que lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel (**1Corintios 4:2**), estableciendo que la

fidelidad es el criterio central, no el éxito visible, no la cantidad, sino la constancia, la responsabilidad y la integridad en el manejo de lo que se ha recibido.

Esto implica que debemos vivir con una conciencia permanente de rendición de cuentas, no desde el temor, sino desde la responsabilidad, entendiendo que todo lo que se nos ha confiado tiene un propósito y que será evaluado en función de cómo lo utilizamos.

La falta de administración, en cambio, genera desperdicio, desorden y pérdida de efectividad, porque si aun teniendo recursos, un creyente no logra producir el impacto que podría, es porque simplemente no está gestionando correctamente su administración.

Pero cuando la administración es correcta, todo se potencia, el tiempo se vuelve más productivo, los dones se desarrollan, las relaciones se fortalecen, los recursos se multiplican y el propósito avanza con mayor claridad y eficacia.

Esto también produce una mayor dependencia de Dios, porque llegamos a reconocer que no somos dueños, sino administradores, que no controlamos todo, sino que respondemos a Aquel que nos ha confiado recursos, lo cual nos debe llevar a buscar dirección, a actuar con sabiduría y a vivir con una actitud de responsabilidad constante.

Así, la activación deja de ser solo movimiento y se convierte en una gestión consciente, donde cada recurso es utilizado con intención, cada oportunidad es aprovechada y cada área de la vida se alinea con el propósito.

Porque al final, no se trata solo de lo que Dios nos ha entregado, sino de lo que hacemos con lo que Dios nos dio. Y cuando la administración es correcta, entonces la activación deja de ser esfuerzo disperso y se convierte en una inversión estratégica que produce fruto en el Reino.

Capítulo once

ACTIVACIÓN EN TIEMPOS DIFÍCILES

Si hay algo que pone a prueba la autenticidad de una vida activada en propósito no son los momentos de avance, sino los tiempos difíciles, porque es allí donde se revela si la activación está sostenida por convicción o por circunstancias, por fe o por resultados, por propósito o por comodidad, entendiendo que el Reino de Dios no se desarrolla en contextos ideales, sino muchas veces en medio de oposición, incertidumbre y presión.

Aquí es donde muchos creyentes se detienen, no porque hayan perdido el llamado, sino porque las condiciones dejaron de ser favorables, porque lo que antes fluía ahora parece resistido, porque lo que antes era claro ahora se vuelve incierto, y es en ese punto donde se hace evidente que la activación no puede depender de lo externo, sino que debe estar arraigada en una verdad interna que no cambia.

La Escritura establece este principio con claridad cuando declara que ***“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28)***, revelando que aun los momentos difíciles forman parte del proceso, que no son interrupciones del propósito, sino herramientas que Dios utiliza para cumplirlo, de modo que la dificultad no es un obstáculo definitivo, sino un escenario donde el propósito se afirma, se purifica y se fortalece.

Esto implica un cambio profundo en la manera en que interpretamos la adversidad, porque dejamos de verla como una señal de error y comenzamos a verla como parte del proceso, como un espacio donde nuestra fe es probada, donde el carácter es formado y donde la dependencia de Dios se profundiza.

Jesús mismo vivió esta realidad, y su mayor cumplimiento no ocurrió en el momento de mayor comodidad, sino en el momento de mayor dificultad, mostrando que el propósito no se detiene ante la adversidad, sino que muchas veces se revela con mayor claridad en medio de ella.

Esto nos lleva a comprender que la activación en tiempos difíciles requiere una fe más profunda, una que no se basa en lo que vemos, sino en lo que creemos, una que no depende de resultados inmediatos, sino de la certeza de que Dios está obrando aun cuando no todo es visible.

Además, requiere estabilidad emocional, porque los tiempos difíciles generan presión, generan incertidumbre y muchas veces generan desánimo, de modo que debemos aprender a gobernar nuestro interior, a no dejarnos arrastrar por lo que sentimos, sino a afirmarnos en lo que sabemos, en lo que hemos recibido y en lo que Dios ha prometido.

Aquí es donde la madurez vuelve a ser clave, porque el creyente inmaduro reacciona ante la dificultad, se detiene, retrocede o cambia de dirección, mientras que el creyente maduro se afirma, se sostiene y continúa, no por obstinación, sino por convicción.

La perseverancia, en este contexto, deja de ser una teoría y se convierte en una práctica real, en una decisión diaria de seguir adelante aun cuando no todo es fácil, aun cuando no todo es claro, aun cuando no todo responde como se esperaba.

También es importante entender que los tiempos difíciles no solo prueban, sino que revelan, porque sacan a la luz aquello que está en el corazón, muestran el nivel de dependencia, evidencian las motivaciones y exponen si la activación estaba sostenida en Dios o en las circunstancias.

Pero más allá de la prueba, los tiempos difíciles también producen crecimiento, porque nos obligan a profundizar, a buscar más a Dios, a ajustar nuestra vida, a fortalecer nuestra fe y a desarrollar una comunión más real, más íntima y más dependiente con el Señor.

Esto genera una activación más sólida, más madura y más estable, porque ya no dependemos de condiciones externas, sino que sostenemos dicha activación desde una convicción interna que ha sido formada en el proceso.

Además, los tiempos difíciles también tienen un impacto en otros, porque una vida que permanece firme en medio de la adversidad se convierte en un testimonio poderoso, en una referencia, en una evidencia de que el Reino no es solo teoría, sino una realidad que sostiene, que fortalece y que transforma aun en medio de la dificultad.

Cuando llegamos a comprender esto, dejamos de temer los momentos difíciles y comenzamos a verlos como parte del camino, como oportunidades de crecimiento, como espacios donde Dios obra de manera profunda, de modo que en lugar de detenernos, avanzamos con mayor determinación.

Así, la activación deja de depender de los tiempos favorables y se convierte en una constante, en una vida que se sostiene tanto en la abundancia como en la escasez, tanto en la claridad como en la incertidumbre, tanto en la facilidad como en la dificultad.

Porque al final, no es en los tiempos fáciles donde se define el propósito, es en los tiempos difíciles donde se afirma. Y cuando aprendemos a activarnos en medio de la adversidad, entonces nuestra vida deja de ser circunstancial

y se convierte en una manifestación firme del Reino que no se detiene ante nada.

Ante esto, debemos comprender que toda activación momentánea, generalmente está producida por simples emociones. Sin embargo, cuando operamos desde la revelación, la activación permanece, convirtiéndose en un modo genuino de vivir y de manifestar el Reino con plenitud.

CONCLUSIÓN

“Vivir para algo mayor que uno mismo”

Al llegar a este punto, la enseñanza ya no puede ser leída simplemente como un conjunto de principios, sino que debe ser asumida como una invitación a una forma de vida completamente diferente, donde el creyente deja de girar en torno a sí mismo y comienza a vivir alineado con un propósito eterno que lo trasciende, lo involucra y lo envía.

Hemos recorrido un camino que comenzó con la comprensión de que fuimos activados para un propósito, continuó con el descubrimiento y la aceptación de una asignación específica, avanzó hacia la purificación de la motivación, el enfoque correcto, la perseverancia en el proceso, el impacto en otros, la influencia en la sociedad, la construcción de una cultura, el desarrollo de un legado, la administración de los recursos y la fidelidad en tiempos difíciles, y todo esto nos ha llevado a una conclusión inevitable: “la vida en el Reino no encuentra su plenitud en lo que recibimos, sino en lo que entregamos”.

Porque el mayor error del creyente no es la falta de actividad, ni siquiera la falta de conocimiento, sino la falta de dirección hacia algo mayor que él mismo, y es allí donde esta enseñanza encuentra su sentido más profundo, porque no se trata de formar personas activas, sino personas trascendentes, vidas que no se agotan en su propia experiencia, sino que se convierten en instrumentos del propósito eterno de Dios.

Vivir para algo mayor implica un cambio de enfoque radical, donde las decisiones dejan de ser tomadas en función de la conveniencia personal y comienzan a alinearse con el propósito, donde las prioridades dejan de estar definidas por lo inmediato y pasan a ser guiadas por lo eterno, donde la vida deja de buscar satisfacción y comienza a buscar cumplimiento.

Esto no significa pérdida, sino plenitud, porque el ser humano fue diseñado para más que sobrevivir, para más que avanzar, para más que desarrollarse, fue diseñado para participar en algo que lo trasciende, en un plan que lo incluye, pero que no se limita a él, de modo que la verdadera realización no se encuentra en lo que se acumula, sino en lo que se aporta.

Jesús lo expresó con claridad cuando dijo que el que pierde su vida por causa de Él la encontrará, mostrando que el camino del Reino no es retener, sino entregar, no es preservar, sino sembrar, no es vivir para uno mismo, sino vivir para Dios y para Su propósito.

Esto redefine completamente la manera en que el creyente se ve a sí mismo, porque deja de ser el centro y se convierte en un instrumento, deja de ser el fin y pasa a ser un medio, deja de vivir para construir su propia historia y comienza a ser parte de una historia mucho mayor, escrita por Dios y para Dios.

A lo largo de este tercer libro de la serie, hemos visto que el propósito no se improvisa, se descubre; que la asignación no se elige, se recibe; que la influencia no se busca, se desarrolla; que el legado no se deja al final, se construye en el presente; y que la activación no es un impulso momentáneo, sino una vida sostenida en dirección.

Pero todo esto converge en una verdad central: “la vida cobra sentido cuando deja de centrarse en uno mismo”. Y es en ese punto donde el creyente comienza a experimentar una dimensión diferente, una paz que no depende de las circunstancias, una claridad que ordena cada paso, una fuerza que sostiene en el proceso y una satisfacción que no proviene de lo que logra, sino de saber que está cumpliendo aquello para lo cual fue creado.

Esto también produce una libertad profunda, porque el creyente deja de estar atado a la aprobación, al reconocimiento, a la comparación o a los resultados inmediatos, y comienza a vivir desde una convicción interna que le permite avanzar con seguridad, aun cuando no todo sea visible o comprendido por otros.

Además, vivir para algo mayor genera impacto, porque una vida alineada con el propósito inevitablemente toca otras vidas, transforma entornos, establece principios y deja una huella que permanece, de modo que el efecto de esa vida no se limita a lo personal, sino que se extiende, se multiplica y trasciende.

Por eso, este no es un llamado a hacer más, sino a vivir mejor, no a multiplicar actividades, sino a alinear la vida, no a buscar reconocimiento, sino a cumplir propósito, entendiendo que el Reino no necesita más personas ocupadas, sino personas que vivan con dirección, con intención y con una visión eterna.

El llamado final es claro: No vivamos para lo inmediato, vivamos para lo eterno. No vivamos para lo visible, vivamos para lo que permanece. No vivamos para nosotros mismos, vivamos para aquello que Dios ha diseñado desde antes de nuestra existencia, porque al final, la vida no se mide por lo que logramos, sino por aquello a lo que nos entregamos.

Al final, cuando decidimos vivir para algo mayor que nosotros mismos, entonces la activación deja de ser una etapa y se convierte en una vida que trasciende, impacta y permanece en el propósito eterno de Dios.

APÉNDICE PARA LÍDERES

“Cómo formar una iglesia que impacta y no solo asiste”

Uno de los mayores desafíos del liderazgo en este tiempo no es llenar espacios, sino formar vidas que transformen espacios, porque durante años, en muchos contextos, se ha desarrollado una dinámica donde la iglesia se ha estructurado alrededor de la asistencia, de la participación y de la actividad, generando comunidades donde las personas están presentes, pero no necesariamente están activadas en propósito ni comprometidas con el impacto del Reino.

Aquí es donde el liderazgo necesita hacer un cambio profundo de paradigma, porque no se trata de construir una iglesia donde la gente venga, sino una iglesia desde donde la gente sea enviada, no se trata de sostener una estructura que funcione, sino de formar un cuerpo que se mueva, que influya y que transforme.

El problema no es la asistencia en sí misma, sino cuando se convierte en el objetivo, cuando el éxito se mide por la cantidad de personas que están presentes y no por la calidad del impacto que esas personas generan fuera del contexto congregacional, lo cual produce una iglesia centrada en sí misma, en lugar de una iglesia orientada al propósito.

Por eso, el primer cambio que todo líder debe hacer es en su propia visión, entendiendo que no está llamado a reunir

personas, sino a formarlas, no a retenerlas, sino a enviarlas, no a mantenerlas ocupadas, sino a activarlas en su asignación, porque una iglesia que solo asiste puede parecer activa, pero no necesariamente está cumpliendo su propósito.

Formar una iglesia que impacta comienza por establecer una cultura clara de propósito, donde cada creyente entienda que su vida no termina en la congregación, sino que se proyecta hacia afuera, hacia su entorno, hacia su familia, hacia su trabajo, hacia la sociedad, entendiendo que cada espacio es un campo de influencia.

Esto implica enseñar constantemente que la iglesia no es un lugar donde se consume, sino un espacio donde se es equipado, donde se es formado y desde donde se es enviado, cambiando la mentalidad de receptor a participante, de asistente a discípulo, de espectador a protagonista.

El líder debe intencionalmente formar en propósito, ayudando a cada persona a descubrir su asignación, a reconocer sus dones y a entender dónde y cómo puede impactar, evitando la generalización y llevando a cada creyente a una claridad personal que le permita moverse con dirección.

Esto requiere tiempo, acompañamiento y procesos, porque no se trata de dar información, sino de formar convicción, de guiar, de corregir, de afirmar y de ayudar a cada persona a encontrar su lugar dentro del Reino.

Además, es necesario crear espacios de activación, no solo de enseñanza, donde las personas puedan poner en práctica lo que han recibido, donde puedan servir, experimentar, equivocarse, crecer y desarrollarse, entendiendo que la formación no se completa en la teoría, sino en la práctica.

El líder también debe cambiar la manera en que mide el éxito, dejando de enfocarse exclusivamente en lo que sucede dentro de la iglesia y comenzando a observar lo que sucede fuera de ella, evaluando el impacto en las familias, en los trabajos, en la sociedad, en las relaciones, entendiendo que el verdadero fruto del Reino se manifiesta en la vida diaria.

Esto implica también celebrar lo que sucede fuera del contexto congregacional, valorar testimonios de transformación, reconocer procesos de crecimiento y afirmar a aquellos que están viviendo su fe de manera práctica en su entorno.

Otro aspecto clave es formar en responsabilidad, enseñando que cada creyente es parte del cuerpo y que tiene un rol que cumplir, evitando la dependencia del liderazgo y promoviendo una vida donde cada uno asume su lugar y su función.

Esto no significa abandonar el acompañamiento, sino dirigirlo hacia la madurez, donde el líder no hace todo, sino que capacita a otros para que hagan, donde no centraliza, sino

que multiplica, entendiendo que el crecimiento del Reino no depende de unos pocos, sino de la activación de muchos.

También es fundamental formar en visión de Reino, ayudando a las personas a ver más allá de lo inmediato, a comprender que su vida tiene un impacto eterno y que cada acción cuenta, lo cual eleva la manera en que viven, deciden y se relacionan.

Esto produce una iglesia diferente, una iglesia donde las personas no solo asisten, sino que viven su fe de manera activa, donde no solo reciben, sino que dan, donde no solo participan, sino que influyen, donde no solo crecen, sino que multiplican.

Además, el liderazgo debe modelar esta realidad, porque no se puede formar una iglesia que impacta desde un liderazgo que solo funciona hacia adentro, de modo que los líderes deben ser los primeros en vivir en propósito, en influir en su entorno, en mostrar que la fe no se limita al espacio congregacional.

Esto genera una coherencia que forma, que inspira y que establece una referencia clara para todos aquellos que están siendo guiados.

Formar una iglesia que impacta también implica paciencia, porque no es un cambio inmediato, sino un proceso, una transformación progresiva que requiere

consistencia, enseñanza continua y una visión clara sostenida en el tiempo.

Pero los resultados son profundamente distintos, porque en lugar de una comunidad que depende de eventos, se forma un cuerpo que vive en propósito, que se mueve con dirección y que tiene un impacto real en su entorno. Y es allí donde la iglesia cumple su llamado, no cuando logra reunir multitudes, sino cuando logra formar personas que transforman el mundo que las rodea.

Porque al final, la iglesia no fue diseñada para llenarse, fue diseñada para expandirse. Y cuando el liderazgo forma creyentes que viven en propósito, entonces la iglesia deja de ser un lugar al que se asiste y se convierte en una fuerza viva que impacta, transforma y manifiesta el Reino de Dios en la tierra.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

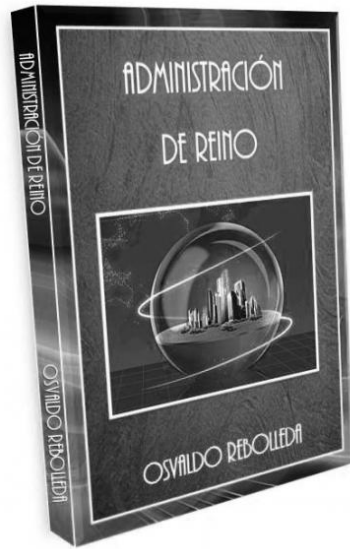
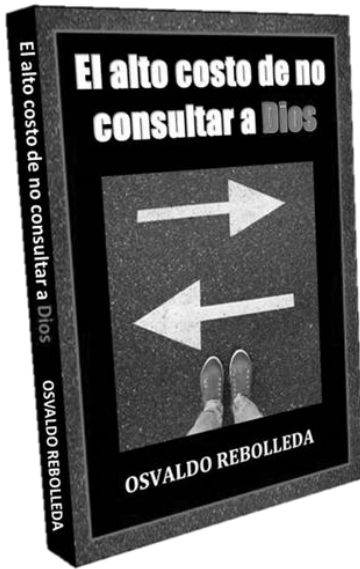
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

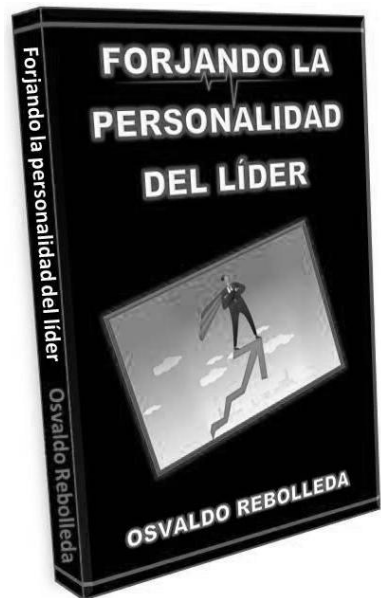
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

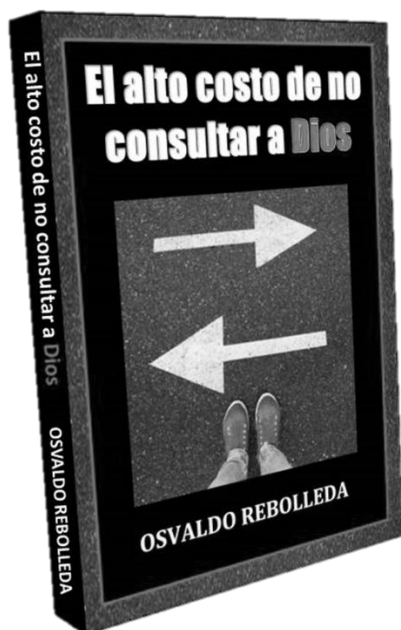


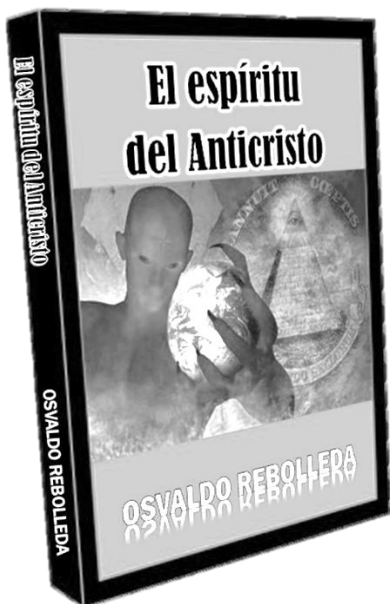
www.osvaldorebolleda.com



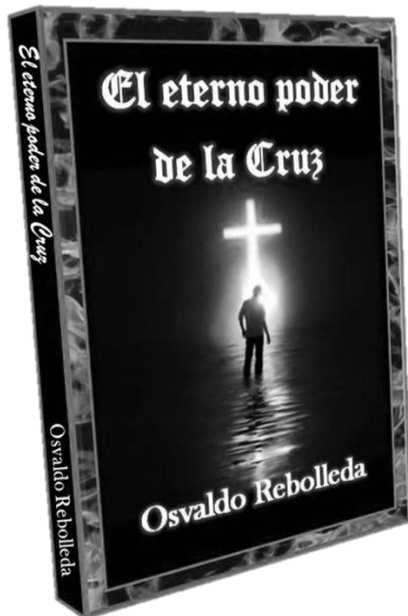
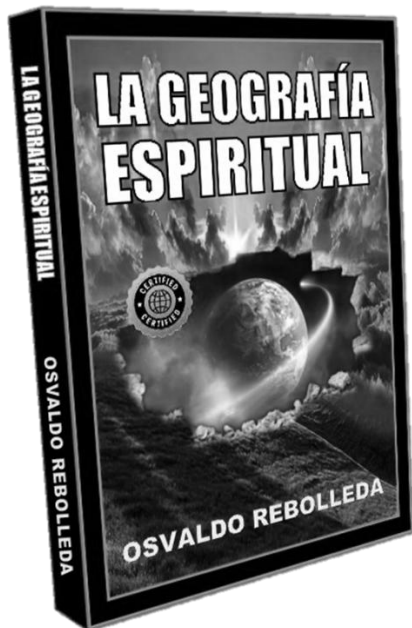


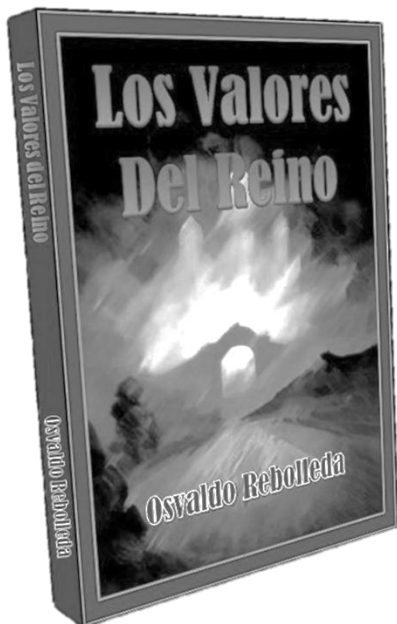
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

